

HOMENAJE A LEOPOLDO ALAS «CLARIN» CON MOTIVO DEL PRIMER CENTENARIO DE LA PUBLICACION DE SU NOVELA «LA REGENTA»

María Rosa Cabo MARTINEZ
Departamento de Lengua

Este año el mundo de las letras celebra el primer centenario de la publicación de la gran novela de Clarín «La Regenta».

Nosotros, desde las páginas literarias de la revista MAGISTER queremos hacernos eco de su bien reconocida valía, uniéndonos a los múltiples actos que a buen seguro se celebrarán este año en su honor.

La aportación que ofrecemos a nuestros lectores es sencilla, pero creemos que puede resultar muy interesante para todos aquellos que intenten conocer al gran novelista un poco más de cerca, y para ello presentamos a modo de primicia una carta inédita de Leopoldo Alas a su gran amigo Zorrilla, nuestro poeta nacional del romanticismo.

Este autógrafo está fechado en abril de 1885, poco tiempo después de publicarse «La Regenta», de cuyo éxito habla en la carta. El otro documento que acompaña al que nos hemos referido es también autógrafo de Leopoldo Alas y fue publicado en el «Boletín de Estudios Asturianos» en 1981 por la autora del presente artículo.

* * * * *

Oviedo 20 de Noviembre de 1884.

Mi respetable amigo: por mucho que Ud. se figure, no podrá figurarse cuánto me alegra y convence su cariñosa carta de días. No sería posible explicar a Ud., aunque para ello tuviera a mi disposición la elocuencia más penetrante, la clase de emoción que me causa su cariñosa correspondencia. Otros poetas hay a quienes quiero y admiro, pero el cariño y admiración que siento por Zorrilla tienen cierto carácter religioso, una dulzura de recuerdo de la edad de las ilusiones y de la poesía interior, que no puede compararse a nada. Para mí, que Ud. me escriba y me estime es algo parecido a lo que me pasaría si una vez, al contemplar la estatua de Cervantes, notase que me sonreía.

De lo que España está haciendo con Ud., da vergüenza hablar. La pensión de Zorrilla debió ser un hecho al día siguiente de hablar de ella Castelar en el Congreso.

¡Vergüenza para el Senado, pero también para todos los españoles que no protestan indignados contra lo que sucede con Ud.!

En cambio, de fijo habrá cobrado ya su premio de mil duros el autor de esa novela tonta y disparatada que se llama «Guerra sin cuartel» y que fue premiada por esa Academia que no merece tenerle a Ud. en su seno.

Creo haber enviado a Ud. algunos de mis últimos libros; respecto de algunos de ellos, tengo seguridad, pero, toda vez que Ud. no los ha recibido (a pesar de que iban certificados), allá se los envió de nuevo, no para que Ud. los lea, que no merecen ellos tal honor ni Ud. tal penitencia, pero por satisfacer la voluntad de tenerlos que me manifiesta.

El prólogo de mi «Sermón perdido», termina con unas palabras que Ud. me escribía a propósito del abandono de la edición completa de sus obras (de las cuales sólo tengo una entrega y Ud. me ofreció las demás publicadas que deseo tener).

*Mientras un soldado tenga,
el rey de Castilla soy.
Uno nunca os fallará,
Don Pedro, mientras yo aliente.*

Ud. es un rey de la poesía que tiene por soldados a cuantos sienten lo bello de España, pero es lo cierto que la prensa descuida defender la causa de Ud., que es decoro nacional, ni más ni menos que la de las Carolinas. Pues bien, yo, pobre soldado de la prensa, le prometo batirme un día y otro día diciendo a quien quiera oír que entre un Calderón y Herce y un Zorrilla la patria no debe dudar. ¡Qué asco dan esos «Calderones» que se usan ahora!

No siento vanidad por ninguna de las cualidades que una crítica de amigos ha querido ver en mí, pero sí la siento por «el espíritu de justicia de lo bello» que estoy seguro de tener. Aborrezco mucho lo malo, lo que más deshonra literariamente, pero también idolatro las glorias ciertas de la patria. «Guerra sin cuartel» a los majaderos, pero honor y más honor a los pocos hombres grandes que tenemos. Esta es mi consigna.

Perdone toda la cháchara y no se olvide de su ferviente admirador y agradecido amigo.

Leopoldo Alas

** * **

Oviedo, 2 de abril de 1885

Exmo. Sr. D. José Zorrilla

Mi queridísimo poeta: de todo corazón le doy la enhorabuena por haberse verificado la carga de justicia que la nación no podía menos de reconocerle a su poeta favorito.

Aunque yo en su día animé, como Ud., una esperanza, y he pedido a los diputados que conocía para activar el asunto, no creo que a mis gestiones humildísimas, casi inútiles, ni a otras más poderosas se deba en parte el resultado, sino a la creencia nacional reflejada en el Congreso.

Aquella hermosa y honrosísima carta que Ud. me escribió no la publiqué al fin y voy a decirle con franqueza el motivo: publicar una carta tan halagüeña para mí era darme tono, hiciera como lo hiciese; si lo hacía con supónimos de afectada modestia, más todavía. Por eso no la publiqué, pero le juro que es lo que más me ha halagado de cuantas recibí (de varón) en mi vida.

Después de los once primeros cuadernos de sus «Obras Completas» no he vuelto a recibir ninguna. ¿Es que se ha suspendido la publicación? Lo digo porque no creo que estuviera en el ánimo de Ud. el que lean las Obras Completas... Incompletas.

Yo he publicado el primer tomo de la novela «La Regenta» que aunque ha gustado por ahí bastante, casi me da vergüenza el que lo lea el autor de Margarita la Tornera.

A pesar de esto, cuando se publique el 2.º tomo, que será para mayo, se lo mandaré a Ud. no para que lo lea (casi se lo prohíbo) sino por tener el honor de estar en la librería de Zorrilla. En el primer capítulo del segundo tomo hay la descripción (más rápida de lo que yo quisiera) de las emociones de una mujer de fantasía y corazón que ve a los veintiocho años por primera vez el Tenorio. Es histórico el caso.

También publicaré en breve en la «Ilustración Española y Americana» un artículo titulado «Mi Zorrilla» con recuerdos de lo que fué Zorrilla lírico y dramático para la niñez y la adolescencia de los escritorzueros, que hoy parece casi pornográfica.

No quiero molestarle más a Ud. Le escribo a Valladolid, donde supongo que está, y sin señas tuyas; no las sé, pero supongo que no le harán falta.

Su admirador más ardiente y verdadero amigo.

Leopoldo Alas

* * *

Cuando Leopoldo Alas escribió estas cariñosísimas cartas a Zorrilla, la circunstancia vital que les rodeaba era muy diferente: Clarín tenía treinta y tres años, y estaba en plena madurez, gozando de fama y seguridad, mientras que el autor del Tenorio contaba los sesenta y ocho años y estaba pasando por uno de los momentos más críticos de su vida. En efecto, sus obras le habían dado el reconocimiento del público de la nación y el mismo Senado, en premio a toda una vida dedicada a las letras, le había ofrecido una pensión honorífica para ayudarle a llevar su penuria económica.

La pensión de Zorrilla no llegó con la rapidez deseada por él, que, enfermo de tuberculosis gran parte de su vida y sin un duro, se debatía por los ministerios intentando actualizar la promesa que parecía olvidada. Esta cuestión agravó su enfermedad, y en cartas a sus amigos se lamenta de su triste vida. Veamos un ejemplo en carta enviada a Su Majestad D. Alfonso XII por estas fechas:

*De muerte por Dios herido
con mal de que os guarde a Vos,
en mi hogar me había sumido
de calma y silencio en pos,
a vivir en el olvido
y a morir en paz con Dios. (1)*

En otra carta posterior repite el tema a un amigo, D. Juan Pino:

*Enfermedad ridícula, nativa, hereditaria,
no menos dolorosa, ridícula por ser,
condéname ha dos años a vida solitaria,
tal vez a vivir muchos, aislado como un paria
del mundo, a no ser nada y a no dejarme ver. (2)*

Como podemos observar, Zorrilla estaba totalmente desmoralizado, sin esperanzas en el futuro, y, lo que es más triste, enfermo y solo.

Clarín, que vive de cerca todos los problemas que le rodean y que admira enormemente al poeta y dramaturgo vallisoletano, le escribirá dos cartas llenas de ánimos y buenas intenciones para que vea que no está tan solo y, lo que es más agradable, para decirle que él le considera uno de los hombres más ilustres que España ha tenido:

Para mí que Ud. me escriba y me estime es algo parecido a lo que me pasaría si una vez, al contemplar la estatua de Cervantes, notase que me sonreía.

No se explica Clarín cómo puede ser posible que den un premio de cinco mil duros a un autor desconocido, sin prestigio, por escribir una novela «tonta y disparatada» y que a un gran académico como Zorrilla no le concedan la pensión.

En efecto, por estos años, nuestro Zorrilla había sido nombrado Académico de la Lengua y a él nos consta que le agradó tal honor. Pero más que honores necesitaba comer, vivir un poco más sosegadamente, y, como sus estrecheces eran grandes —según señalamos anteriormente—, estuvo sin leer el discurso de ingreso en la Academia mucho tiempo intentando forzar la situación que rodeaba a la tan esperada ayuda estatal. Por fin, cuando decidió leerlo, no lo hizo en prosa como señalaban los estatutos de la Academia, sino en verso, mostrando con este hecho su rebeldía.

Sobre las vísperas de estos acontecimientos, comenta Zorrilla a un gran amigo suyo:

Desde que llegué a Madrid, para leer el discurso, no me he quitado el frac, y entre el peso, los calores y los almuerzos, estoy agotado y deseando volver a casa (3).

Respecto a la novelucha a la que se refiere Clarín en su carta, titulada «Guerra sin cuartel», es de un autor asturiano de la época llamado Ceferino Suárez Bravo (Oviedo, 1824) a quien D. José María Martínez Cachero sitúa dentro de la generación romántica asturiana, cuyos jóvenes colaboradores —sigue diciendo— utilizaron gustosamente los tópicos temáticos y los recursos estilísticos más insistidos por el movimiento romántico (4).

Leopodo Alas sabía que la sociedad española estaba carente de genios, y por eso, cuando se ignora a uno de ellos, es un hecho grave. ¿Por qué ocurre esto? La respuesta es sencilla: el bajo nivel cultural del público que aplaude los tópicos, las vulgaridades, por un lado, y los intereses de todo tipo, por el otro, han marcado a veces las pautas de los premios en España. Cuando Clarín denuncia desde las páginas de los periódicos o desde sus libros a la sociedad española, lo dice claramente:

Aquí domina la atonía general, el embrutecimiento ante lo bello, el dogmatismo y fanatismo religioso, la opresión, y las glorias literarias son usurpadas por lo ficticio y lo vano, que es lo que realmente está de moda.

* * * * *

En el segundo autógrafo, concretamente el que presentamos como inédito, observamos cómo los acontecimientos se han ido desarrollando de un modo más positivo para su gran amigo: ¡Por fin, ha recibido la pensión!, aunque para concedérsela tuviese que pasar por una deshonrosa proposición de los miembros del Senado: la votación por medio de bolas. Gracias a que un paisano suyo, Núñez de Arce, que estaba presente, la evitó. Aun así, le llegó con un 26 por ciento de descuento, y no debió de solucionarle mucho su problema.

Debido a esto, Clarín pasa a ser más expresivo con su propia obra (recordemos que en la anterior carta apenas la nombra) y le comunica que ha publicado el primer tomo de su tomo de su novela «La Regenta», de la que ha obtenido una crítica muy satisfactoria. De todos modos, él no presume de ello, no cree demasiado en su obra. «Hay veces que no creo en mí», dice en alguna ocasión, y, concretándonos a la carta, vemos cómo le prohíbe a Zorrilla que la lea:

Me da vergüenza que la lea el gran autor de «Margarita la Tornera».

Es muy interesante esta opinión de Clarín por su novela, donde denota una gran humildad y total carencia de presunción. El paso del tiempo, único juez imparcial de la literatura, ha dicho de ella que es una de las mejores obras de la literatura contemporánea, lo que le engrandece aún más ante nuestros ojos de lectores suyos incondicionales. ¡Cuántas veces hemos leído «La Regenta»! ¡Cuántas nos ha llenado momentos de abatimiento! ¡Cuántas la hemos comentado con alumnos que, con mirada dubitante, no acertaban a comprender el inmenso laberinto de ideas que por ella se mueven dándole vida eterna, sin época, sin espacio definido..., como todas las grandes obras! de la literatura!

Al decirle Clarín a Zorrilla que en el primer capítulo del segundo tomo describe a una joven que va por primera vez a ver el Tenorio, he vuelto a releerla y, con más espíritu crítico que otras veces, he comprendido hasta qué punto la admiración que Alas sentía por el ilustre vate no era superficial, porque compruebo cómo influye en el alma de «La Regenta» la representación del Don Juan, hasta el punto de que cambia de forma de ser. Antes de acudir al teatro, había sido una mujer pasiva, receptiva, oprimida; a partir de aquí empieza a actuar no ya como regenta, sino como Ana Ozores.

La presencia de Doña Inés en el escenario la llevó a pensar en el enorme parecido que había en sus vidas y, al sentirse sola, comprendió que, si el amor era eso: una locura, un filtro..., huir de él era imposible.

«La Regenta», pues, es un poco destruida por el Tenorio para dar paso a la mujer que se rebela contra las circunstancias y decide ser de otra manera. He aquí la influencia de la literatura en la literatura.

Nosotros, que antes admirábamos a Leopoldo Alas, hemos sentido revivir su recuerdo al releer estas cartas y merece el aplauso de la crítica no sólo como autor, sino como hombre, amigo de sus amigos.

¡Honor y más honor a los pocos hombres grandes que tenemos!

¡Honor a Leopoldo Alas «Clarín»!

CITAS

- (1) Autógrafo n.º 108 de la Memoria de Licenciatura de M.^a Rosa Cabo titulada «Estudio y edición del corpus documental que se encuentra en la Casa de Zorrilla de Valladolid». Valladolid, 1972.
- (2) Autógrafo n.º 29, obr. cit.
- (3) Autógrafo n.º 89, obr. cit.
- (4) Martínez Cachero, J. M.: *Antología de narradores asturianos (1824-1877)*. «Col. popular asturiana». Ayalga/Ed. 1982, t. I.